

El concepto filosófico de comunicación

ARMANDO SEGURA NAYA

Catedrático de Filosofía. Universidad de Granada

1. EL PAPEL DE LA METÁFORA: SU ESTRUCTURA Y FUNCIÓN.

El hombre conoce en la medida en que sabe comunicar y la comunicación tiene un hilo conductor perfectamente material: es la voz, el gesto, la palabra. No se puede pensar sin palabras

Cuando logramos «hacernos entender», hemos logrado el acto humano por excelencia. La palabra es el vestido del concepto.

El concepto siempre viste a la moda, caso de no hacerlo, no sería entendido. Le conviene, pues, «estar al día».

La comunicación es una expresión de la esencia del hombre y la mujer. No es nada casual que se haya encarnado la Segunda Persona de la Trinidad, el Logos, la Palabra divina.

Entre el emisor y el receptor no sólo hay un hilo que permite la transmisión, puede haber simplemente un chorro de ondas. El problema es que solamente con hilos conductores y con ondas no se dice nada, no se comunica.

La comunicación es posible porque «llega» al otro, pero lo que le ha de llegar no es el medio sino el mensaje. Cuando el medio se transmite a sí mismo no hay comunicación y el grado de humanidad desciende.

Llegar al otro, o sea comunicar, es decirle «yo estoy contigo». Si le dijera «no estoy contigo», he cortado la comunicación. El lenguaje comunicativo, es necesariamente positivo. Todo tipo de lenguaje negativo o crítico al negar la relevancia del otro para mí, me deja sólo conmigo mismo, incomunicado y encerrado.

Los seres humanos somos limitados y débiles por mucha fanfarria que le echemos a la vida. Esta limitación obliga a rebajar el concepto con la metáfora. ¿Por qué?

La metáfora desplaza los conceptos al mundo de las imágenes, de los símbolos. ¿Por qué entendemos mejor por imágenes que por conceptos puros? Porque nuestra inteligencia no es un alma pura, es un alma con el vestido de la corporalidad.

La palabra viene a tener una función vicaria. De hecho en el origen del lenguaje, en la prehistoria, encontramos la interjección. En cuanto el hombre alcanza un grado de desarrollo intelectual apreciable, lo primero de lo que se vale para comunicar es de la pintura, del arte visual por imágenes.

Las lenguas originarias, sean los jeroglíficos egipcios o los ideogramas chinos, son abreviaturas de imágenes.

Un grado de desarrollo más alto, reduce las imágenes a letras para formar palabras. Este paso es un salto cualitativo. Las imágenes de los lenguajes arcaicos, tienen la peculiaridad de ser inmediatas. Si un ideograma, pinta la imagen de una casa, más o menos estereotipada, la imagen vale para todas las casas que se le parezcan. Viene a ser una especie de fotocopia. El descubrimiento del alfabeto, que está consolidado en Fenicia, cuatro o cinco mil años a. C., tiene un valor inestimable, para el progreso de la civilización.

La razón es que la palabra ya no es una imagen inmediata de lo inmediato sino que la combinación de letras y de sonidos, lo que transmite son conceptos.

Sigue habiendo un elemento material, ora el sonido de la palabra, ora la visualización del grafismo escrito, pero la imagen concreta de algo concreto se ha convertido en signo, que por sí, no dice nada, sino que su única función, está en servir a la idea. Mediante el alfabeto, el hilo conductor se ha espiritualizado porque ha perdido todo sentido que no sea el de comunicar.

Este gran salto, hace posible la comunicación a un nivel muy superior a los lenguajes imaginativos. Cuando, en castellano, por ejemplo, escribo al final de una carta «un fuerte abrazo». No dibujo un abrazo sino que trazo unas líneas que no tienen nada que ver con un abrazo. Detrás de esas líneas, está el concepto desnudo. La letra o el sonido es como una melodía específica como la de un móvil. Cada concepto tiene su melodía, en forma de palabra.

El valor de la palabra en los lenguajes modernos, radica en que transmite universalidad.

En efecto, la palabra que tiene el mínimo de corporalidad para poder ser comunicada, está al servicio de la universalidad del concepto.

En este sentido el empirismo y el materialismo es un regreso en vez de un progreso.

Cuando escribo «un fuerte abrazo», empleo términos de valor universal. Un abrazo todos sabemos lo que es y el abrazo con el que firmo es igual, en sustancia, que todos los abrazos. Le añado lo de «fuerte», pero la fortaleza es también un concepto universal. En definitiva, las palabras y los conceptos expresados por ellas, son un medio universal de intercambio de idea y de querer. Como medio de intercambio la palabra tiene una función semejante al dinero y a los medios de pago, en general.

Una tarjeta de crédito, es un rectángulo de plástico que sólo se diferencia por un número, que da entrada al dinero, en un cajero o en una tienda. Una sola tarjeta sirve para todo y con una tarjeta, sobre todo si tiene crédito ilimitado, puedo comprar un magnífico «Mercedes» o una bolsa de pipas. Mil millones de euros, dan para mucho, eso significa que proporcionan «mucho libertad».

Con las palabras ocurre algo parecido: con la palabra «fuerte abrazo», todo el mundo entiende lo que quiero decir y además esa palabra es válida para todos los fuertes abrazos del pasado, del futuro y del presente.

El dinero y la palabra son los mayores inventos de nuestra civilización, gracias a los cuales, es posible materializar la libertad.

Las palabras (y los dineros) me ofrecen un abanico infinito de alternativas, de opciones, es una oferta maravillosa para mi capacidad de elección. La consecuencia obvia es que a mayor cantidad de conceptos y de lenguaje comunicativo, mayor posibilidad de libertad en la persona que los posee.

Esto demuestra que la educación de la inteligencia, la formación personal, es la condición del ejercicio de la libertad humana: a más concepto, más libertad.

El lenguaje es, pues, el modo espiritual propio de un estado avanzado del ser humano. No es casual que la filosofía haya nacido en las ciudades, en un estadio progresivo del comercio y de las relaciones humanas.

2. ¿POR QUÉ EL LENGUAJE DE SAN JOSEMARÍA ES CONCISO?

Una palabra concisa es una palabra breve, inmediata y rica de contenido. Cuando se tiene prisa por hacer felices a los hombres y mujeres de todo el mundo

y de todas las épocas, hay que ir corriendo por la vida. El tiempo se multiplica entonces y el mensaje llega a muchos más.

La primera vez que vi a san Josemaría, al comienzo de los sesenta, lo vi entrar en una sala, andando con paso decidido y en un instante, conectó con las cuarenta o cincuenta personas que estábamos allí reunidas. Ya hemos visto cómo, en las tertulias filmadas, se entregaba con igual fuerza a los asistentes, se trataran de diez o de diez mil .

Tener prisa, ir con paso decidido, es lo más evangélico del mundo. El Cristianismo es cosa de caminantes y de peregrinos. Todos estamos donde estamos y donde no estamos, porque hay que estar en todas partes. Tenemos un ejemplo, hoy mismo en Juan Pablo II. Ni siquiera la silla de ruedas le hace parar. Y se comprende. Es necesario comunicar en todas direcciones el mensaje cristiano, el mensaje universal. Todos deben ser santos. No es una profesión especial. Este es un elemento importante del mensaje del Opus Dei.

Hay poca gente en España que no haya leído *Camino*, que es un buen retrato de su autor.

En una época en que la retórica y la grandilocuencia estaban de moda y separaban países y personas, el Fundador del Opus Dei, saltó todas las barreras en su tenaz voluntad de hacer entender su mensaje.

La concisión es la máxima espiritualización de la palabra al servicio de la idea. Una palabra concisa es como una línea recta que estrecha la distancia entre dos puntos. Si a la palabra concisa se la viste con imagen, se alcanza, entonces, el mayor grado de comunicación: La imagen fija la atención y te remite a la palabra, la palabra, ya desnuda es la misma idea que se trata de comunicar.

El mensaje de San Josémaría, no tiene ninguna complicación y es el más fácil de entender si se llega al meollo, a la almendra. Se trata de ser santo no sólo en la vida ordinaria sino con la vida ordinaria. No sólo se hace santo siendo médico Eduardo Ortiz de Landázuri sino se hace santo por ser un buen médico.

En el fondo, el Opus Dei, no es nada en especial, nada distinto de lo que debe ser cualquier cristiano. En realidad es un medio maravilloso para no ser nada en especial. Ese nada en especial es lo que le da universalidad y ya hemos visto como la universalidad es condición previa de la libertad. Si la palabra casa sólo designase una casa concreta, no habría lenguaje. La palabra casa sirve, porque no es nada en concreto.

La palabra concisa quisiera ser un abrazo universal en donde las personas que se comunican no conocieran distancia entre ellas. Esta es la razón de porque el amor es la mayor inteligencia.

3. CÓMO SE HACE UN BUEN COMUNICADOR.

El ser buen comunicador debe tener su lugar en el código genético, sin embargo, los buenos comunicadores, en ocasiones, lo han logrado con esfuerzo. Es cierto que san Josemaría era de natural muy comunicativo y que el sentido del humor le era innato. El humor es un factor decisivo de la comunicación, es como un detonador del atractivo.

Pienso que por encima de sus dotes innatas de comunicador, había en él voluntad de comunicar, porque tenía un corazón muy grande y un corazón grande no sabe ser un solitario.

De hecho, hubo muchas ocasiones en su vida, en que tuvo que reducirse al silencio, un silencio relativo, pero real. En multitud de ocasiones tuvo que vencerse, para no decir de más ni de menos y supo callar como nadie cuando todos hablaban sin fundamento.

La comunicación y el amor son una y la misma cosa, un buen comunicador se hace amando.

4. ANTROPOLOGÍA DEL EL LENGUAJE EN ESTADO PRÁCTICO

El lenguaje está inventado en función de la verdad. Un lenguaje para desfigurar la verdad, al servicio de una técnica de control de masas, es una perversión.

Una de las cosas que se aprende en el Opus Dei, que enseñó San Josemaría, es a ser verdaderos, sinceros y veraces. La expresión «sinceridad salvaje», es una muestra de lo que quería decir.

Cuando se dice la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad, el alma abandona las trincheras y los sótanos, el teatro y la manipulación. Uno es lo que es con sus errores defectos y limitaciones y lo comunica con sencillez a quien tiene la misión de escucharle.

La verdad y la realidad son la misma cosa y las cosas se definen no por aquello de lo que carecen sino por lo que tienen. El hecho de ser hijos de Dios, es incompatible con cualquier sentimiento de inferioridad y con toda prepotencia. El hijo de Dios no es nada, solamente hijo de Dios.

Los filósofos han hablado tanto de la verdad que muchas veces han olvidado que no es algo para predicar sino para practicar. La verdad no se sabe o se deja de saber, sino que se hace o se deja de hacer.

Muchos se debaten entre incertidumbres y perplejidades: ¿Qué es la verdad? ¿Cuál es el sentido de la vida? Dila. Eso es todo lo que hay que saber.

Por eso, quedaron tan claras desde el principio, las palabras de *Camino*: «no temas a la verdad aunque la verdad te cause la muerte».

5. SENTIDO PRÁCTICO DE LA EXISTENCIA.

La razón no se tiene si no se sabe hacer valer. Una razón inválida es una contradicción en sí misma.

Es cierto que el mundo del Tercer Milenio tiene un sentido de la vida funcional y práctico. Tal vez excesivo y mal entendido. Todos llevamos móviles, y aparatos que facilitan todo tipo de comunicación.

Que la verdad es práctica y funciona, es una de sus notas esenciales. Por funcionar, hoy se entiende tener vibraciones. Se está vivo cuando se marcha a trescientos por hora sin miedo a nada. Esa es una caricatura del sentido práctico.

La función tiene la misma esencia que el lenguaje, porque el lenguaje es función. La función funciona verdaderamente, cuando alcanza objetivos más allá de sí misma. Una función cuyo fin sea ella misma no es funcional. El hombre está hecho para fines que le llevan más allá de sí mismo y por esa razón es un animal de palabra, un animal de lenguaje, porque nadie habla por hablar sino que el sentido último del lenguaje es comunicar amistad.

6. EL LENGUAJE EMPIEZA POR LA ESCUCHA

El lenguaje no nace de la espontaneidad del que habla sino de la docilidad del que escucha. Si no sabemos escuchar, no tenemos derecho a decir que buscamos la verdad. No somos verdaderos y veraces.

Hay pues un círculo virtuoso que va desde la palabra escuchada a la palabra que agradece la confianza. La dinámica propia del lenguaje lleva al diálogo, pero el diálogo no se perfecciona con el parloteo recíproco sino que lleva a compartir.

Hace ya unos años se habla de «razón estratégica», un nombre nuevo para la vieja retórica de los sofistas. Se trata de utilizar el diálogo como una partida de

naipes cuya única finalidad es ganar. Se averiguan los puntos flacos del adversario y se dialoga con la «respuesta pagada».

La manipulación no tiene nada de cristiano. Hay que compartir la verdad, hay que hacer felices a la gente. La verdad proporciona conciencia de infinitas posibilidades. Eso hay que enseñar que podemos abrir los ojos a esas infinitas posibilidades.

Cuando la costumbre de mentir cristaliza en la sociedad, el principio de autoridad se resquebraja. La sociedad civil se basa en la mutua confianza, si no hay mutua confianza porque la norma es mentir, es fácil anticipar que esa sociedad no puede mantenerse en pie.

La palabra alcanza su lugar exacto en la presencia de Dios. San Josemaría decía que quería ser un juglar de Dios y le divertía hacer reír a todo el mundo, sin perder la gravedad del alma. Estamos en un escenario que tiene a Dios por espectador y queremos alegrar a Dios.

La historia de la enseñanza del periodismo, o dicho en términos más amplios, de la formación de los periodistas y por extensión de los profesionales de la comunicación, forma parte de la historia del periodismo. Nadie puede negar la importancia y la trascendencia que ese aspecto específico tiene en el desarrollo de la prensa y de los otros medios de comunicación, pues afecta de modo directo a quienes «hacen», en el sentido más estricto de la palabra, la información. Detrás de los periódicos, de las emisoras de radio, de las agencias informativas, de los informativos de televisión, hay personas, no meramente engranajes y estructuras empresariales más o menos complejas. La formación que reciban se convierte así en un factor de primera magnitud para aumentar la calidad y el nivel profesional del periodismo y, por extensión, de la sociedad a la que sirven con su labor mediadora.

La puesta en marcha en 1958 del Instituto de Periodismo en el entonces Estudio General de Navarra, hoy Universidad de Navarra, a iniciativa y por impulso directo de San Josemaría, significó, por vez primera en España, la elevación a la categoría universitaria de los estudios de Periodismo. El impacto de esta experiencia y los frutos que fue dando a la profesión, en tiempos ciertamente no fáciles, resultó decisiva para la aprobación oficial, trece años después, de las Facultades de Ciencias de la Información y la erección de las tres primeras en Madrid, Barcelona y Navarra. Es así justo que la historia reconozca el carácter pionero de aquella semilla plantada en 1958, hoy árbol robusto y